

A C A N T I L A D O

Mario Satz

Pequeños paraísos

El espíritu de los jardines



PEQUEÑOS PARAÍOS

EL ESPÍRITU DE LOS JARDINES

MARIO SATZ

ACANTILADO
BARCELONA 2019

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2017 by Mario Satz
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-91-1

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
septiembre de 2019



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El goce de la vida debería basarse en la concepción del
universo como un jardín.

ZHENG BANQIAO (siglo XVIII)

EL PARAÍSO, SÍMBOLO Y UTOPIA

Desde distintos lugares y culturas de la Tierra han llegado hasta nosotros imágenes del Paraíso, deseos cristalizados, sueños de vergeles continuos o islas de paz. De creer al arquitecto catalán Rubió i Tudurí,¹ nuestra humana ansiedad paradisiaca sería la nostalgia por una época geológica llamada Plioceno en la que el clima era siempre primaveral, la alimentación vegetariana abundante y nuestros antepasados antropoides pocos y pacíficos. Ansiedad que las posteriores glaciaciones y cambios drásticos que modificaron la faz del planeta contribuyeron a acentuar, definir e, incluso, colorear hasta transformar el recuerdo en mito. De esta idea a pensar que todo paraíso es un *Paraíso perdido* no hay más que un paso. Y, sin embargo, un autor tan importante como Jakob Böhme (siglo XVII), místico cristiano y zapatero de profesión, opinaba que «el Paraíso está todavía en la Tierra pero los seres humanos ya no saben verlo».

Confundido, a veces, con la Edad de Oro, y por ello situado *atrás en el tiempo*, con los siglos la imagen del Paraíso se proyectó, por influencia del mesianismo bíblico, *hacia delante*, transformándose en un valle de maravillas en el que reposan los muertos o en un huerto en el que aguardan las huríes, aunque también en simples jardines de paz que con su gentil vegetación protegen al hombre del peor de los corrosivos que conoce: el tiempo. Eso y más ha soñado nuestra especie, a tal punto que aun viviendo los seres humanos en lugares fértiles y abundantes, al menos una parte de éstos ha sido sacralizada para cumplir con la recurrencia simbólica del más bello sueño que se pueda tener, el del Jardín de las Delicias. Para el historiador de las reli-

giones Mircea Eliade la nostalgia del Paraíso revela «el deseo de encontrarse siempre y sin esfuerzo en el corazón del mundo, [...] de superar la condición humana y recobrar la condición divina». ² Se trata de un concepto, el del huerto sagrado, cuya indudable nobleza proviene de la misma palabra original que lo nombra: *paradesha* es, en efecto, una arcaica y prestigiosa expresión que nos revela, en sánscrito y luego en persa, un 'lugar elevado', una 'región suprema'. De ahí que el núcleo central del mito del Paraíso—como el Carmelo de san Juan de la Cruz—encierre para nosotros el proyecto de un placer que, aunque es propio de los sentidos, al mismo tiempo los trasciende.

Rodando las diversas geografías y países, la voz sánscrita, tras pasar como decimos por el persa, apareció en la Biblia como *pardés* tras ser descrito como *gan eden*, 'huerto o jardín delicioso'. Del *pardés* hebreo procede, entonces, el *paradiso* latino que tan luminosamente y en su versión sublime describió Dante en su *Divina comedia*. En el siglo XVIII serán los jardines botánicos, enriquecidos por las especies llegadas a Europa del Nuevo Mundo y Oriente o bien al revés, llevadas de aquí para allá en un intento de reproducir en todas partes, mediante cotos cerrados y arbóreos, la felicidad de la huella paradisiaca. El que este recuerdo mítico, este florido y agradable símbolo, haya persistido a través del tiempo en la mente de los poetas y filósofos indica algo muy profundo ligado en parte a una posible beatitud como también a una suerte de realización espiritual cuya característica básica fuese el *disfrute de lo mejor del mundo*. Fuera del Paraíso hay dolor, muerte, guerra, hambre; dentro del Paraíso, placer, vida, paz, saciedad y ante todo armonía. No obstante, en los jardines botánicos no se come ni se pasea por ellos desnudo, pero sí se etiquetan los árboles con sus nombres propios para que—como el mismísimo Adán—el visitante los nombre por primera vez. No es ni puede ser casual que Linneo, el genial botánico responsable de la mayoría de nuestras taxonomías o clasificaciones, haya sido llamado «el segundo Adán».

Que el Paraíso encierra una imagen botánica antes que zoológica lo prueba la serena libertad con que vemos crecer y desarrollarse el mundo de las plantas ligado, empero, por las raíces al suelo en el que arraiga. Libertad para tomar sombra a su vera, para servirnos de sus frutos y de su madera. Por el contrario, el mundo animal es más imprevisible, arisco e inquieto. Arbóreo en su estructura, el sistema nervioso es en nosotros un eco de esa vegetalidad, y quizá por eso nos tranquilizan tanto los bosques, jardines y arboledas. Protegen y aquietan, perfuman y adentran al hombre en sí mismo, en tanto que los animales lo sacan de sí, en la caza, la fábula o la crianza. Para muchos estudiosos la planta del Paraíso, es decir, su diseño básico, sería circular, en tanto que otros lo ven cuadrado, compartiendo unos y otros la idea de su fertilidad, abundancia de agua y clima regular. En nuestra tradición, la judeocristiana, se mencionan dos árboles importantes en el Paraíso: *el Árbol del Bien y del Mal* y *el Árbol de la Vida*. Mientras que, según veremos, para esa misma tradición el Árbol de la Vida sería la palmera, por su forma y potencial hermafroditismo, para la cultura persa, por ejemplo, ese árbol sería el *alborj* o albaricoquero, en tanto que para los chinos el arquetipo del Árbol de la Vida sería el melocotonero, cuyos frutos tardan siglos en crecer y conceden, a quienes los prueban, una suerte de longevidad feliz.

Existan uno o dos árboles prodigiosos en el Paraíso, *su ubicación será siempre axial*, como bien señala Eliade. Axial quiere decir que la posición del Paraíso constituye un centro, un nódulo de gracia, lo que significa que desde su interior todo equidista de todo y el cielo está tan cerca de la tierra que las estrellas se pueden tocar, frutos de una luz grácil y benéfica. Entre los persas la imagen paradisiaca pasó a las alfombras y los tapetes, los cuales suelen representar el huerto cuadrangular y con una fuente o un ser mágico en el centro: pavo real, águila o ciervo. Los chinos, en cambio, prefieren ubicar su Paraíso o jardín delicioso en una isla (presumiblemente ubicada en el Pacífico), una isla de extra-

ordinaria belleza y difícil acceso. En el mundo hebreo, y por extensión en el cristiano, el Jardín del Paraíso es el lugar en el que mora Dios—su casa natural, por decirlo de algún modo—, creencia que se apoya en el famoso pasaje de Ezequiel 28, 13, en el que se lee: «Habítabas en el Edén, en el jardín de Dios»,³ razón por la cual, en la Edad Media, ese arquetipo se trasladará al interior del claustro gótico, que contendrá, para el monje que medita en él, las delicias de la comunión floral o vegetal con el Creador. Pero aquello que es libre por dentro, aquello que es delicia y fresca, aparece con frecuencia cerrado, herméticamente tapiado por fuera, rodeado de murallas muchas veces altísimas, de donde podemos inferir que sus secretos deben guardarse y protegerse con el fin de no agotar ni extinguir sus virtudes. El Paraíso es, al parecer, cosa de pocos. La dificultad de acceder a él está en relación directa con los fantásticos bienes que encierra su perímetro.

Los secretos que guardan tales espacios sublimes, como las maravillas que encierran los más bellos y dispares jardines del mundo, no son, empero, realidades meramente materiales, pues no hay en tales sitios, como en las minas, diamantes, oro y plata (aunque sí puedan haberlos en las tapias que los ciñen). Únicamente se observan en ellos manifestaciones de la vida en todo su esplendor, armonía entre las especies, una danza ecológica abriéndose y prosperando en una eterna y variada primavera. Si pudiéramos imaginar por un momento sus árboles cargados de pájaros multicolores, veríamos que, como menciona el salmo, siempre están verdes y sus hojas no caducan (de hecho *caducar* sería un verbo inoperante en el Paraíso); y si acaso soñáramos con sus animales, éstos convivirían allí en paz con nuestra especie. O por lo menos la crueldad no sería, en ese espacio acotado y sublime, más que una consecuencia inevitable del hambre y no una agresión constante que promueve una ilimitada destrucción.

Probablemente también cabría en él poca gente, pues hay quien dice—no sin ironía—que Caín, el primer hijo de

la primera pareja, fue el verdadero causante de la expulsión, y que por ello todo estado paradisiaco es, en realidad, *un etéreo y sublime momento de amor exclusivo para parejas*. La relación entre *la pareja o las parejas* y el Paraíso volverá a plantearse en la historia del Diluvio y la construcción del Arca de Noé, momento que para muchos supone una segunda Creación. Más que singular, bello y persistente, ese nexo entre el amor y el Paraíso reaparecerá en Occidente con la descripción de los famosos jardines galantes, en el centro de los cuales un determinado *locus amoenus*—lugar ameno con su agua, flores y perfumes—propicia el afecto entre el hombre y la mujer, quienes intentan una y otra vez recrear el momento previo a la Caída. Así es como lo vemos descrito en el famoso *Roman de la Rose*, de la Francia del siglo XIII, y en *De amore*, de Andreas Capellanus, de la misma época. Doscientos años más tarde serán los jardines del Renacimiento los que tengan las veleidades y ambiciones paradisiacas. Creados y diseñados como extensión del mismo sueño de recuperación natural y espontánea, pretenderán ser refugio ideal contra los males de la cultura, cauterio verde a los a veces irremediables y nocivos efectos de la civilización. Trátese o no de una amable expresión de nostalgia, de una añoranza del vientre materno, como insinúan los psicólogos, o del claustro religioso que abarca el silencio de Dios entre sus piedras, lo cierto es que no renunciaremos jamás, como individuos y como especie, a imitar en nuestros hermosos jardines o huertos floridos—pequeños paraísos—las condiciones de aquéllos lejanos, sublimes y casi siempre inhallables.

EL JARDÍN GRIEGO

En Grecia y luego en Roma, la antigua sacralidad de los bosques era un tributo a lo pródigo de sus sombras. Así lo atestigua, al menos, la mitología. Cuando Baucis y Filemón, pobre pareja de Frigia, dan cobijo a Zeus y a Hermes—que recorrían el agreste paisaje disfrazados de peregrinos y a quienes nadie había querido recibir entre los ásperos frigios—, sientan el precedente del amor de los griegos por sus escasas arboledas. Enojados por ese rechazo, los dioses enviaron entonces un diluvio a todo el país, pero respetaron la cabaña de los ancianos hospitalarios, la cual, con el tiempo y la leyenda, acabó convirtiéndose en templo. Y como Filemón y Baucis habían pedido terminar juntos sus días, Zeus y Hermes los metamorfosearon en árboles. Juego de luces y de sombras, misterio y belleza de las formas, la metamorfosis es el alma de la poética griega al mismo tiempo que la proyección cultural de un paisaje tan magro, pétreo y escueto que, para adornar la sencillez de su relieve, la calcárea temperatura de sus veranos mediterráneos, inventa por boca de los hombres juegos de máscaras infinitos con el fin de revelar coherencias secretas y justificar parentescos y dinastías. También Dafne, la hermosa ninfa cuyo nombre significa 'laurel', a punto de ser alcanzada por el ardiente Apolo, quien prendado de su belleza la perseguía, acabará por convertirse en árbol para escapar del abrazo solar, un árbol que además de refugio de palomas y solaz de los amantes cedía sus hojas a la pitia, quien las mascaba antes de proferir oráculos. Con el laurel, toda Grecia entra en trance.

Su astringencia siempre verde coronará por partida triple al sabio, al poderoso y al poeta. Correosas, sus hojas, en forma de punta de lanza, son heroicas ante el frío y el calor. Dioicos, sólo los árboles femeninos llevan bayas. Macho, el de la inmortalidad y la gloria, más alto y esbelto que la hembra, crece con soltura en los barrancos y busca la proximidad de las fuentes para iluminar su verdor. Figura inmortal, se sitúa en los límites del jardín griego, junto al algarrobo, el almendro y el olivo, constituyendo con ellos el modelo ideal de jardín filosófico. Más abajo, entre las piedras, innúmeras, se hallan las flores, pero los griegos estarán tan entusiasmados con la figura humana que no hay casi ninguna de ellas que no oculte una ninfa, una heroína o una hermosa adolescente, y aprenderán a apreciarlas mucho más tarde en su historia.

Pasará mucho tiempo hasta que las puedan ver como son, y aún más hasta que suban y trepen, tras haberlo hecho por las cláusulas de las hetairas, por el manto de María Theotokos, la madre del dios crucificado. Más acostumbrado al mar que a la tierra, hijo de las islas, el griego se entregó a la movilidad antes que al reposo. Fue navegante y mercader antes que apicultor, expresó primero la dinámica poesía de la *Odisea* y después la límpida reflexión filosófica de la Academia platónica. Por eso su antropología no parte de un jardín, como en caso del Gan Eden bíblico, trasunto sin duda del oasis. Prometeo es un ladrón de fuego, y Pirra y Deucalión arrojan tras de sí las piedras de las que crecerán los seres humanos. De modo que fuego y piedra, ardor y sequedad en los orígenes, y alrededor un agua azul y sonriente que se engolfa en bahías oníricas en las que la calima veraniega desova mitos y cánticos. Una piedra y un fuego presentes aún hoy, despobladas en parte las colinas y los montes de sus frondas habituales por excesos de civilización, mermados sus encinares y madroños, sus mirtos, brezos y espinos aún abiertos a la errante lluvia.

Tal vez por eso el jardín griego complementará su escasez, su relieve como garriga con jardines mitológicos que

tanto tienen de huerto cultivado. En su *Odisea* Homero describe con cálida precisión a Ogigia, isla del Mediterráneo occidental en medio de la cual, en una cueva rodeada de alisos, álamos y cipreses, vive la ninfa Calipso, guardiana de una viña de racimos maduros. Cuatro fuentes de aguas claras—como los cuatro ríos del Paraíso bíblico—fluyen muy juntas y dejan manar, a partir de allí, en varias direcciones, sus sinuosas corrientes. No muy lejos de la entrada de la cueva crece el hinojo y se extienden, en enero y febrero, los prados de violetas y anémonas. Modelo de todo jardín ulterior, la cueva de Calipso posee, al menos, dos elementos arquetípicos: por un lado su nombre significa ‘la que oculta o protege’—pues acogió a Ulises náufrago—, y por otro están sus criadas, también ellas ninfas, que hilan mientras cantan entre redes de hiedras y tapices de hierba. Gráciles aunque un poco distantes, Calipso y sus compañeras desconocen la premura y mucho más la angustia. Cuando los griegos de la generación de Sócrates y de Platón, y más tarde los discípulos peripatéticos de Aristóteles, busquen la sombra arbolada del Liceo, invocarán la compañía incomparable de las musas en memoria de aquella Calipso que poseyó, allá en su isla, todo bien terrestre, amó a un pirata griego y le permitió reposar entre siete y diez años de las fatigas de sus viajes.

Adán y Eva deben dejar ese *locus magnificus* en el que Dios les colmó de gracia la desnudez; su expulsión es el comienzo de la humanidad; su multiplicidad, la nuestra. El gozo fue breve pero inolvidable. Así también Ulises deberá partir de los brazos de Calipso—duende, musa, espíritu ligero—para retornar a los de la mujer-esposa, Penélope, madre de su hijo y tejedora de ropas humanas. El hombre bíblico sale de la naturaleza para entrar en la cultura; el hombre griego, forjado entre islas, imagina una de ellas para retornar de la cultura—naufragio constante—a la naturaleza, siquiera por el tiempo que demande su deteriorada salud. Para Ulises la aventura de vivir y explorar está jalonda de esos momentos verdes; en Esqueria, otra isla, esta

vez de los feacios, el viajero será recibido por el rey Alcínoo, cuyo palacio está rodeado de un magnífico vergel en el que se mezclan las especies comestibles con las que agradan a los dioses. Es allí donde Ulises, que ha convivido ya con Calipso, comprende *que el hombre peregrina en pos de un jardín que deberá abandonar*, porque la belleza y su mejor instrumento, la contemplación, son demasiado pasivos para quienes—como él—adoran la acción.

Esa autosuficiencia, esa especie de fanfarronería viril que tan bien define al genio griego, será más tarde y por otros motivos la de los estoicos, colmo del pensar urbano e histórico. En efecto, mientras Platón aún venera (aunque no demasiado) a los poetas y reconoce la naturaleza inspiradora de las musas,⁴ Zenón, el fundador de la Stoa, se declara enemigo de los pavos reales y critica a los ruiseñores, guardianes avícolas del jardín griego: «El sabio no deja sitio para tales objetos en la ciudad». Su discípulo Crisipo irá todavía más lejos; enseñará que el jardín es, junto a sus fuentes, hiedras y rosales trepadores, «una pérdida de tiempo» para quien se dedique a pensar. Por el contrario, Epicuro, como Platón y Aristóteles—quienes, aunque urbanos, responden a ciertos apegos y tradiciones—, creará que todo tiempo perdido puede ser recuperado, diálogo mediante, en la calma del jardín. Lo notable es que sigue pulsando la cuerda invisible de la sombra, latiendo el ámbito protector de un refugio en el seno de una geografía calcinada que, entre marzo y septiembre, bajo soles de justicia y cielos sin nubes que las cigarras celebran mientras beben savia conífera, puede llegar a ser irrespirable. De hecho la Stoa, el pórtico bajo el cual se reúnen los estoicos, es una especie de bosque de columnas geométrico bajo cuya frescura la mente de los pensadores se tensa apelando silogismos y parábolas, en tanto que, no demasiado lejos de ese espacio y en otro tiempo, ante un bosque de plátanos que bien pudiera ser un templo de irregulares columnas vegetales, Platón hace decir a Sócrates en el *Fedro*:

Hermoso rincón, con este plátano tan frondoso y elevado. Y no puede ser más agradable la altura y la sombra de este sauzgatillo, que, como además está en plena flor, seguro que es de él este perfume que inunda el ambiente. Bajo el plátano mana también una fuente deliciosa, de fresquísima agua, como me lo están atestiguando los pies.⁵

Sócrates no olvida mencionar, tampoco, esa clara melodía del verano que halla su eco en el coro de las cigarras, ni tampoco la hierba que, en pendiente, permite acostarse sobre ella para ensoñar el mundo y así metamorfosear, con la imaginación, sus variables y constantes.

¿Es ése el jardín de Academo, rodeado por un muro protector y en cuyo interior estaban los doce olivos sagrados dedicados a Atenea? En tal caso la fuente a la que Sócrates alude sería la que instaló allí—en ese espacio reseco, como casi todo el Ática—. Cimón, plantando a su alrededor los álamos y las encinas que describirá con gracia, más tarde, Aristófanes. En el jardín de la Academia había, además, un gimnasio en el que se ejercitaban los efebos y al que los miembros del Consejo solían pasar revista. Los jardines platónicos y aristotélicos son aún sitios de metamorfosis, lugares en los cuales los adolescentes se tornan hombres para servir al Estado, a la polis; sitios de ejercicios preolímpicos y, por tanto, plataformas para su posterior encaje social.

Casi doscientos años más tarde, el individualismo griego—ya desmitificado—encarnará en la figura de Epicuro, nacido en Samos en el siglo IV a. C. y para quien si los dioses existen con toda probabilidad están más allá de cualquier preocupación humana. Motivo por el cual, dice el filósofo, conviene que el hombre se cultive a sí mismo, que *devenga su propio jardín*, y, en su perímetro de amables frutales y sencillas hortalizas, aprenda a gozar de los placeres cotidianos sin esperar más recompensa que la vida simple y sin complicaciones.

De ese modo tan singular y revelador acaba o, mejor deberíamos decir, llega a su síntesis aquel ideal anatómico griego de una figura—la humana—que se basta a sí misma, desgajada de la pared egipcia o limpia ya del zoomorfismo de la esfinge nilótica. En Epicuro, la desnudez de la estatuaria clásica se convierte en desnudez a secas, y eso en un clima que ciertamente la propiciaba, bajo una luz tan limpia que permitió a sus observadores descubrir la geometría como precedente de la arquitectura. Una luz de ideas para las más grandes ideas que de la luz ha conocido el mundo. Epicuro es y representa, desde su aparición en el horizonte ático, una mezcla de irreverencia metafísica y de sentido común. Tanto que, si despojáramos a los héroes epónimos, a los semidioses y a los poetas, a los comediantes de sus máscaras y al mismo Platón de su desmesurada ambición estética, quedaría el Epicuro de todos ellos sentado a la sombra de un olivo una tarde de primavera, de primavera temprana, admirando en silencio los asfódelos, sus llamas de rosa pálido contra un cielo que pronto se tragará la noche. Ajeno al temor de la muerte, ajeno al fúnebre discurrir de las corrientes elíseas.

Aquello que había visto Ulises en la isla de Calipso, y más tarde junto al palacio de Alcínoo, un espacio de verde delectación, no sufrirá en Epicuro más postergaciones. *No será un sitio de paso sino un jardín en el cual instalarse.* Cuando en el mundo romano, siglos más tarde, Lucrecio tome el relevo de su maestro, los dioses estarán ya lejos de ser lo que eran y los poetas mascararán, antes que el laurel de la gloria, el acebo del exilio; pero el hombre común que Epicuro esbozó, y cuyos límites y parabienes el helenismo tardío quiso difundir por el entonces mundo conocido, constituirá ya un hecho consumado. La medida de lo específicamente humano.

Hoy, para nosotros, el jardín griego, ese espacio sagrado que buscaron los románticos alemanes e ingleses, es ante todo un trozo de paisaje que goza de sol casi todo el año, que tiene en sus retamas y romeros, en sus tomillos y